

Catalina Hernández Obregón

***La diosa mortal* de Enrique Serrano: la
narración de una mujer inmortal**

Enrique Serrano, *La diosa mortal*

Bogotá: Planeta, 2014, 270 págs.

Catalina Hernández Obregón es estudiante de la Maestría en
Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá,
y Magíster en Educación por la misma institución. Correo
electrónico: catalinahernande@hotmail.com



EXISTEN MUCHAS FORMAS para hablar sobre una mujer, pero principalmente se oscila entre dos extremos, tal vez los más obvios y los más cercanos a la naturaleza de lo humano: se habla con amor o se habla con odio. Parece ser que la mujer y su género exacerbaban los puntos medios y de algún modo misterioso los vuelven casi imposibles y ese halo de misterio es un punto álgido, sobre todo cuando la mujer posee una vida aparentemente conocida por todos y, al mismo tiempo, absolutamente desconocida.

La última novela del escritor colombiano Enrique Serrano está dedicada a la emperatriz romana Livia Drusila, madre de Tiberio y esposa de Augusto, mujer conocida por la historia desde su imagen perversa e intrigante y su perfil inmóvil de toque clásico totalmente ausente de expresión, imagen que por su uso prototipo histórico se ha vuelto lugar común. Por eso es de verdadera novedad que en las primeras páginas de la novela *La diosa mortal* aparezcan frases como esta: “Fue una artista del movimiento, una maestra del reposo, de la observación delicada y sutil” (27); por tanto, lo que sugiere esta Livia es otra faceta de la mujer histórica: una vida privada, un universo particular, del cual el autor sugiere apropiarse íntimamente.

La novela toma las coordenadas de un tiempo y un espacio concretos, pero trabaja ante todo la faceta del personaje, lo que rebasa por mucho las estrictas determinaciones del estilo por facturas espaciotemporales. La Livia de Serrano se inspira en la ya ponderada de la obra de la primera mitad del siglo XX: *Yó, Claudio*, del inglés Robert Graves; no obstante, aunque toma la plantilla, no simula el estilo. Livia Drusila, si bien deja una huella imborrable con los actos que de ella registra la historia en palabras de su nieto Claudio, fluye sutil por la mente del lector y ofrece la tentativa sugerencia de observarla, no como resultado de sus acciones evidentes, sino desde sus pequeños actos cotidianos, ocultos y desconocidos, lo que hace que la creación del personaje por parte del autor genere espacio para nuevos hechos y de esta forma cumpla con la función principal de la literatura: superar las barreras de lo evidente: “En los días en que la impaciencia y la rabia la poseían, se encerraba en sus jardines a regar plantas o a leer calladamente bajo el plácido sonido del agua corriente” (16).

Sumado a la narración de hechos no evidentes, o tal vez no registrados oficialmente, donde reside principalmente la capacidad recreación de una nueva imagen por parte del autor, aparece la forma en la que es construido el personaje desde el uso polifónico de voces superpuestas que, desde sus diferentes posiciones, ofrecen su visión sobre una misma persona que de manera directa los afecta, todos motivados por la deificación de una mujer tan mortal como divina. Las voces alternadas que varían de género, posición social y, ante todo, cercanía al

personaje principal de Livia, hacen entonaciones interesantes entre las descripciones motivadas por la simpatía y las motivadas por la antipatía; si bien la novela pretende una imagen que se sintetice en la imagen de la mujer narrada, genera alrededor de ella una serie de relatos subsidiarios que presentan a otros personajes, que se crean paulatinamente desde el terreno de lo que el relato pretende resaltar como verdaderamente esencial: una narración producida por motivos humanos y alentada por sus intenciones más profundas.

Los pasajes de la vida de Livia Drusila, narrados por Serrano transmiten una forma diferente de conocer y de acercarse a la naturaleza de la protagonista; esbozan una actitud de observador detallado que relata aquello que no es perceptible a simple vista para otros. El autor diseña un mundo particular en el que escudriña aristas ocultas, y a pesar de que su trabajo ha estado sustentado en la investigación de hechos verídicos, crea paralelamente hechos que se validan mediante los pretextos narrativos que de manera estética prolongan su permanencia en la imaginación del lector y la deducción que puede hacer este de comportamientos propios del personaje o subsidiarios de ella hacia los otros, como se puede ver en este ejemplo: “El alma de Octavio era frágil, necesitaba de ella, de su aliento de su apoyo, del peso gigantesco de su mirada” (Serrano 63). La recreación que parece escueta dista de ser una composición simplificada, ya que se vale del recurso de descripción de particularidades, como los sentimientos personales.

En la novela se afianza la imagen de una matrona romana, emperatriz, esposa y madre y, al mismo tiempo, se construye el particular universo femenino como lugar donde aquellos atributos, en ocasiones puramente nominales, cobran verdadero sentido y son valorados en su verdadera esencia. El recorrido por lo que aparentemente puede ser una novela catalogada dentro del género histórico entreabre la puerta a un posible sesgo intrahistórico en el que necesariamente, alternando claro está con los hechos estrictamente reales, aparecen hechos friccionados desde la psiquis particular del personaje que lo caracterizan de modo diferente y denotan un tono particular en la voz del autor dentro de un estilo aparentemente determinado y de uso convencional.

En conclusión, la forma en que en *La diosa mortal* Enrique Serrano habla de una mujer tampoco puede evitar los sesgos de la defensa de una posición en particular, no por una obstinación de tipo intelectualista, sino porque su propósito es apropiarse de un personaje al que ha encontrado desde su lado más profundamente humano y, por lo tanto, diferente al comúnmente difundido, en especial en el caso de Livia Drusila, una mujer oscura de la historia antigua, y en esta empresa el autor ha sido poseído por el también inevitable impulso humano de hablar de ella transformando el odio en amor.